

CULTURA

José Agustín Goytisolo deja la vida

El poeta, de 70 años, se arrojó ayer desde la ventana de su casa en Barcelona tras varios meses de depresión

El escritor José Agustín Goytisolo murió ayer en Barcelona a los 70 años de edad, al arrojarse a la calle desde la ventana de su domicilio en la calle Mariano Cubí. Los hechos ocurrieron antes de las cuatro de la tarde, cuando el escritor se lan-

zó al vacío y falleció al poco tiempo. La muerte del mayor de los Goytisolo ha causado una profunda conmoción en el mundo de las letras, donde el escritor, uno de los mayores representantes de la poesía social, era querido tanto por su

talante humano como por su obra poética, en la que aunaba el compromiso histórico y el carácter renovador e intimista. «Si tuviera que volver a vivir todo que he vivido preferiría no volverlo a vivir», aseguró en su último cumpleaños.

Albert Ramis



La mirada de un hombre comprometido. José Agustín Goytisolo vivió marcado por las secuelas de la Guerra Civil

Redacción

Barcelona

José Agustín Goytisolo padecía desde el pasado mes de noviembre una fuerte depresión, por lo que estaba siguiendo un tratamiento médico, según explicó ayer la escritora Neus Aguado, íntima amiga del fallecido. Aguado contó ayer que desconocía si Goytisolo intentó suicidarse anteriormente aunque en sus conversaciones con el escritor, ambos habían coincidido en que se puede pensar en el suicido, «pero que si lo piensas dos segundos, no lo haces».

Los hechos ocurrieron poco antes de las cuatro de la tarde. Testigos presenciales vieron cómo José Agustín Goytisolo se arrojó desde la ventana de su vivienda. A causa del impacto sufrió numerosos traumatismos y una parada cardio-respiratoria que le provocó la muerte casi en el acto. Pablo Fuster, mecánico de un taller cercano reconoció enseguida el cuerpo tendido y llamó a los servicios médicos, que nada pudieron hacer cuan-

do llegaron. «Nos conocíamos de siempre -dijo ayer Fuster-. Muchas veces habíamos arreglado el mundo en mi despacho del taller», afirmó. Los restos mortales fueron trasladados al Hospital Clínico de Barcelona, sede del Instituto Anatómico Forense, donde hoy se le practicará la autopsia.

Un escéptico

El poeta, el mayor de los hermanos Goytisolo -todos ellos escritores-, cumplió 70 años el pasado 15 de junio y celebró una fiesta en la que, según algunos de los asistentes, recordó con mucha emoción a Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral, dos de sus más íntimos amigos ya fallecidos. Su hermano, el escritor Juan Goytisolo no quiso hacer ningún comentario desde su casa de Marrakech, en Marruecos. «No quiero compartir este sentimiento con nadie», dijo en declaraciones a Efe.

Otra de las personas que conocía en profundidad al escritor era su amigo, el poeta José Manuel Caba-

llo Bonal, quien admitió ayer que no sabía qué había podido conducir a Goytisolo a un desenlace que calificó de «atroz». Caballero Bonal dijo que «ha muerto un amigo querido y un notable poeta», con quien compartió numerosas experiencias. «Hemos vivido y hemos bebido juntos por muchos sitios del mundo y creo que José Agustín aportó a la poesía española una nueva forma de enfocar la crítica de la vida a través de la ironía». El escritor charló poco tiempo con Goytisolo y lamentó que «su tendencia depresiva» haya desembocado en «este terrible episodio».

Durante la cena de celebración de su setenta aniversario junto a un centenar de amigos en el Casal de Sarrià aseguró que «si tuviera que volver a vivir todo lo que he vivido preferiría no volverlo a vivir». En aquel momento Goytisolo recordó que había pasado «momentos muy duros, muy feos» y por eso era un hombre «muy escéptico, agnóstico de todo lo que sean ideologías, reli-

giones».

En los últimos años, Goytisolo explicaba que escribía «cuando estoy contento de lo que hago». Publicaba en «El Periódico de Catalunya», ofreciendo una visión progresista y de izquierdas, y en alguna revista extranjera. También compaginó durante años su faceta de traductor con las conferencias en universidades.

El estilo que late

«¿Quién iba a esperar que su vitalidad iba a desembocar de esta manera?», se preguntaba ayer el poeta Claudio Rodríguez. Amigo de Goytisolo, Rodríguez señaló que «todo el vivir humano late» en el estilo personal de su obra, «una de las más valiosas de mi generación».

En la biografía del autor de «Palabras para Julia», un poema que hizo popular su amigo Paco Ibáñez y que se convirtió casi en un himno generacional en los setenta, pesó demasiado la secuela de la Guerra Civil y la muerte de su madre en un bombardeo en plena contienda.

UN HUÉRFANO

DE CARIÑO

En estos momentos me resulta muy difícil hablar objetivamente del poeta José Agustín Goytisolo porque se me sobreimpone la figura del amigo. Lo conocí y lo traté asiduamente a raíz de una tesis doctoral sobre la escuela de Barcelona que estaba haciendo Carmen Riera. En la lectura de esta tesis estuvieron presentes Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral y el propio José Agustín Goytisolo, quienes evocaron la trayectoria del grupo y su preocupación fundamental: lograr que la voluntad de compromiso de la escritura con la realidad social de España se concretara ante todo en el compromiso con el arte, con la poesía. Y eso ha estado siempre en la base de toda la obra de José Agustín Goytisolo. Y se manifestaba por ejemplo en el cultivo de muy diversas formas métricas, de experimentaciones continuas que fueron haciendo progresar su obra.

En su poesía se van entrelazando elementos coloquiales transportados a clave estética y una gran cantidad de elementos de la tradición literaria de todos los tiempos. No sólo de la española, porque el conocía muy bien la literatura europea e incluso la literatura clásica-latina.

Fue siempre un hombre atormentado por las heridas de la guerra civil, por la pérdida de su madre, que murió en uno de los bombardeos de Barcelona, y era, en definitiva, un huérfano de cariño. En el grupo poético de los años 50, él desempeñó siempre una función de gran coordinador de amistad; era por tanto un poeta muy estimado por su arte y muy querido por su gran humanidad.

Víctor GARCÍA DE LA CONCHA
De la Real Academia Española

■ TRES HERMANOS

José Agustín Goytisolo. Gay nació en Barcelona el 13 de abril de 1928. Hijo de una familia con raíces vascas y cubana. Es el mayor de tres hermanos

escritores. Se licenció en Derecho y logró el título de profesor Mercantil, pero nunca ejerció ninguna de estas dos carreras porque desde muy pronto se dedicó a la poesía.



■ «EL RETORNO»

Su bibliografía se inicia con el «El Retorno» (1955) una elegía a su madre que murió en la guerra civil, durante un bombardeo en Barcelona. En ese año se le concede el ac-

Becasit al premio Adónas. A partir de entonces publica «Salmos al viento» (1957), «Claridad» (1960), «Años decisivos» (1961), «Bajo tolerancia» (1974) y «Del tiempo y el olvido» (1975).

DESVALIDA
TERNURA

No hace aún tres semanas que reseñé, en estas mismas páginas, la recién aparecida antología de José Agustín Goytisolo, y contaba con que seguirían llegando a mi mesa sus libros de poemas, con el mensaje de su inteligencia, que la edad había agudizado, y el de su maestría en el uso de la palabra, cada vez más acertada y precisa a medida que el paso del tiempo iba dándole la intuición de los trazos mínimos con los que se captura un rostro, un deseo o un pensamiento, firme en una voz que desenfaba tanto los ecos ajenos como los propios. En aquel artículo aún reciente evocaba las cuatro ocasiones en que recordaba haberme encontrado con él, y por necesidades de espacio tuve que suprimir la frase en que confesaba lamentar no habernos reunido más a menudo, y haber disfrutado de la verdad y la bondad que emanaban de su persona.

José Agustín era un ser desvalido y tierno, que se recubría de un caparazón de hosquedad sarcástica y fingía estar de vuelta de todas las ilusiones y las esperanzas, a las que solía calificar de puerilidades burguesas y de ficciones recibidas, como tantas otras mentiras piadosas, en la escuela de esa educación conservadora que no resiste el análisis de la razón ni el contraste con la experiencia. Pero su obra, para quien supiera leerla, mantenía el resollo de una ternura inmensa sin objeto en el que volcarse, de una generosidad ilimitada, de un desdén absoluto por las convenciones o los prejuicios que separan a las personas, de una comprensión total de todas las conductas y todos los gestos con los que los seres humanos exteriorizan su soledad y su petición de auxilio. Se configuró a sí mismo en esos términos en sus mejores poemas, los últimos, en los que nos hablaba del amor y de la amenaza y espera de la muerte. En ellos supo dar lo mejor del intimismo que había ido recorriendo su obra, incluso en aquellos libros que pretendían ser denuncias realistas y objetivas de las lacras políticas y sociales. En su última época renunció a puntuar sus textos, confiando en que de ellos se desprenderían, cuando conviniera, la pausa y el matiz. Aun así, les ponía siempre el punto final, que ahora ha dado fin a una vida que merecía seguir escribiéndose.

Guillermo CARNERO

RETORNO A LA ELEGÍA DE LA MADRE MUERTA

El «Retorno» es el primer libro que leí de José Agustín Goytisolo una emocionada elegía a la memoria de su madre muerta a consecuencia de un bombardeo en Barcelona durante la guerra civil, pero no le leí como libro independiente sino dentro de un conjunto de su poesía que se publicó en 1961 con el título de «años decisivos». En esta edición se reunía también dos libros posteriores que yo desconocía «Salmos al viento» y «Claridad».

Guardo un recuerdo especial de «Claridad» porque su escritura, dentro de aquel magma llamado «poesía social», me sorprendió. En medio de los poemas inacabables y retóricos del peor Neruda o de Gabriel Celaya con tantas buenas intenciones como escasos resultados artísticos, al menos «Claridad» era un libro conciso y preciso (a veces un poco obvio) pero que se desmarcaba bastante de aquella corriente, de aquel torrente verbal.

En 1961, al poco de la publicación de «Años decisivos» conocí a José Agustín en un breve encuentro en la remota feria del libro de Madrid. Tardaría muchos años en volver a verlo, pero seguiría teniendo un vínculo con él, ya no tanto con su poesía como con sus traducciones poéticas.

Dentro de ese capítulo de traducciones hay tres libros que cada cual en su momento fueron enormemente significativos para mí. El primero, una antología de Salvatore Quasimodo, entonces recién galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Allí y posteriormente en la lectura,



La voz y la palabra. Con Paco Ibáñez volvió cantó «Palabras para Julia»

ya en italiano, de Quasimodo y algo más tarde en un encuentro con el poeta, entendí que de alguna forma esa sencillez, esa desnudez expresiva del libro de Goytisolo tenía una deuda nunca desmentida con la creación del gran poeta italiano. Otro importante acercamiento a la poesía y que ayudó mucho a aumentar mi interés por la poesía italiana fue la traducción de una antología poética de Cesare Pavese que se editó en bilingüe en 1971 y que simboliza mi primera visión de la poesía de Pavese, un escritor fundamental para mí y al que conocía únicamente como gran pro-

sista. Reconozco con agradecimiento que mi pasión por la poesía italiana le debe mucho a aquellas magníficas traducciones de Goytisolo y que gracias a ella comencé mi largo acercamiento a esa lengua y a ese mundo poético.

Otra deuda de gratitud con el José Austín Goytisolo poeta y traductor me lleva a otra lengua distinta y a otro espacio literario. En 1968 se publicó su excelente «Antología de poetas catalanes contemporáneos» y que por aquel tiempo y dado mi desconocimiento de la lengua catalana y de sus poetas fue una auténtica re-

TENÍA QUE HABER ESCRITO ANTES

Tenía que haberte escrito esta carta antes, ahora la podrás leer tu mujer y tu hija, de quienes me hablaste nada más conocerte. Antes que de poesía tú me hablaste de las personas que querías, de tu amor. Dirijo estas palabras también a tus hermanos, a Luis y Juan, a los de tu sangre. Y a todos los que te han querido leyéndote y oyéndote, a tus amigos, a tus compañeros de generación, a tu ciudad, a los jóvenes que te siguieron y a las mujeres y hombres que vieron en ti a la buena persona que has sido, al amor que has sido y eres entre nosotros. Quizás haya grandes poetas entre la gente tranquila y ordenada de este mundo, quizás no es

necesario vivir desesperado, al límite de la realidad, de la conciencia, perdido en un gesto amable de una mujer que habla, abandonado a la emoción de alguien que te escucha, desperdigado entre la multitud y entregado a la soledad de todos, necesitado de que la vida cada día te depare una ilusión con la que poder celebrarla. Quizás no es necesario romperse cada día en mil pedazos para poder ser uno, para ser todos, para ser tú. Pero de una cosa estoy segura. Si tú, José Agustín, pudieras oírme, con tu ternura infinita, tu humor y tu galantería de señor de Barcelona, me echarías la mano al hombro y me dirías: «Niña, no te tomes ese trabajo,

ya lo hago yo». Le gustaba reírse, llorar, vivir. Y creo que fue un poeta y de los grandes por sacarnos de encima a los demás el trabajo de ser hombres, por bondad, por cortesía. Era capaz de vivir como un joven desesperado, con toda su inteligencia intacta a cuestas, con su lucidez inmaculada. Los años no pasaban por tí, eso también te gustaría oírlo, y es verdad. Coqueto y querido, tu alma no tenía que huir de la muerte. Simplemente no podías dejar de estar guapo, de estar vivo. Y vergüenza te tendría que dar, tú, señor de Barcelona, qué van a decir, bajando escaleras en coche por el Escorial, como en una película americana, y hablando de poesía dentro de un AX con

un poeta cualquiera, así nos conocimos, querido José Agustín. Tú estabas preocupado por lo que me pudiera pasar. La última vez que nos vimos, en Oviedo en el homenaje a Ángel González recuerdo tu gratitud y tu emoción en aquel acto. «Estoy muy contento de que pasen estas cosas», dijiste, «Ángel es de los grandes». Yo aquel día debí prometerte algo que nunca cumplí. Yo no soy como tú. Y tú escribiendo cartas como un adolescente cualquiera. Ahora, tarde, mal y arrastro, agradecida y emocionada, te contesto: pocos son como tú, pocos son de los grandes, José Agustín.

Luisa CASTRO

GoyP12231(3)

inició una serie de recitales junto al cantante Paco Ibáñez, bajo el título «La voz y la palabra. Goytisolo es el autor del poema «Palabras para Julia», dedicado a su hija y que también cantó Paco Ibáñez.

■ «PALABRAS PARA JULIA»

En 1993 fue galardonado con el Premio de la Crítica de poesía por «La noche es propicia», compuesto de 40 poemas dedicados a la memoria de Pedro Salinas. En 1994



■ ANTOLOGÍA PERSONAL

En 1980 publica «Los pasos del cazador» (1980), un libro de poemas en el que ofrece su propia filosofía. A éste le sigue «A veces gran amor» (1981), «Sobre las circun-

tancias» (1982), «Final de un adiós» (1985) y «El rey mendigo» (1988). Recientemente se publicó «Antología personal» (1998). Su última edición fue la «Antología poética» (1999).

ESTRATEGIAS PARA NO OLVIDAR NUNCA

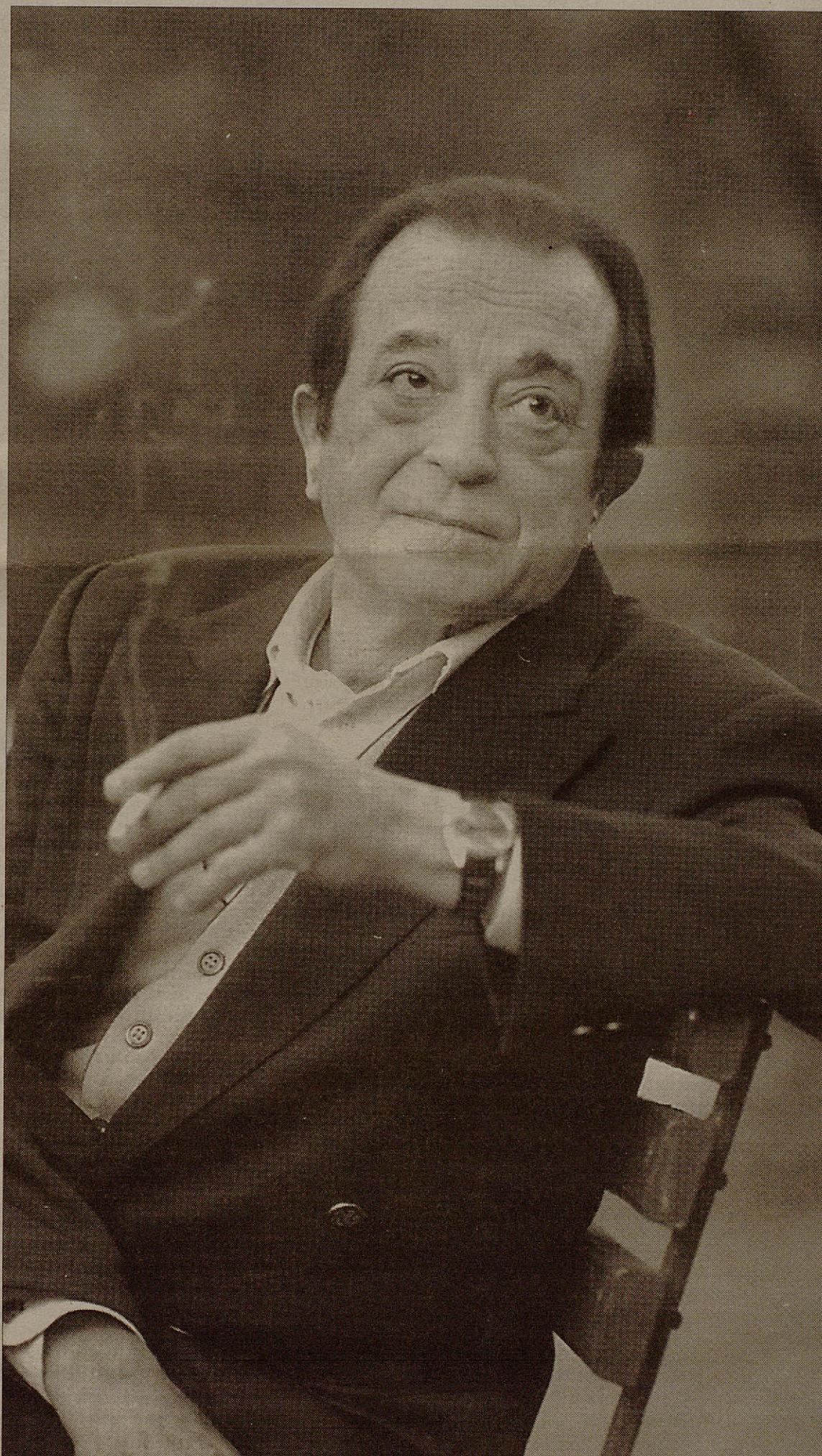
Fue el primer poeta de su generación que convirtió la ironía en estrategia para capear el temporal de la censura y que la elevó a forma y modo de dicción: a tono, a perspectiva. Ángel González, José Ángel Valente y Jaime Gil de Biedma perfeccionaron el camino que él abrió y que fue uno de los primeros rasgos distintivos del Cinco. Amplió los registros de la canción y de la copla, del verso de arte menor y del romance y, en los años setenta dio un giro hacia una poética de un nuevo concepto del espacio.

«Taller de arquitectura» es un texto ejemplar de este cambio, como su crítica de «los poetas celestiales» fue el poema-insignia de su primera creación. Jordi Villaronga analizó con precisión y profundidad las claves de su obra, sus fases, sus etapas en un libro que es el mejor modo de acceder a su escritura y de entender todo cuanto late en ella y en él.

Su aptitud para la parodia y su facilidad para crear un clima íntimo y entrañable a la vez hicieron de él un poeta tan tierno como versátil, capaz de conjugar la geografía del poema político con los resortes del poema amoroso y, ambos, con las complejas referencias del poema satírico o las más difíciles del poema moral.

Ahora que su muerte nos separa quiero recordarle en dos momentos: en un avión, en vuelo hacia Valencia, en el que me dio una lección magistral sobre el eneaslabo desde Rubén a José Hierro; y, en una lectura al alimón en Murcia, en la que José Agustín dio la vuelta al ruedo de todo el alfabeto de su voz -aquel voz pastosa, de tabaco más profundo que lento, en la que las vocales se alargaban no por su cantidad sino por su emoción. José Agustín Goytisolo deja tras de sí una abundante colección de anécdotas, reales e inventadas, de amores verdaderos y ficticios, de obra escrita y poemas atribuidos y supuestos que le aseguran un lugar en la literatura y un puesto de honor en su generación.

Pero a mí me gustaría en estos momentos destacar hoy al poeta honrado y sincero que nunca mendigó homenajes ni reconocimientos y que sólo pidió a la vida la preciosa vivencia del amor. José Agustín Goytisolo fue un epicúreo con más humor crítico que Horacio y un vitalista con experiencia poética de la realidad social. Su obra es el signo de una época.



Albert Ràfols

GoyP12236

LA MUERTE DE UN AMIGO

GoyP12237

Hay momentos en los que uno preferiría no servirse del lenguaje, sino del grito. Éste es uno de ellos. Tómense estas palabras como un desahogo personal. Tiempo y oportunidad habrá para intentar valorar la obra poética de José Agustín Goytisolo. Ahora, permítaseme recordar tan sólo al amigo que fue. Le conocí cuando yo contaba menos de veinte años y él acababa de publicar *Salmos al viento*. Luego las circunstancias de la vida nos llevaron a aventuras personales y literarias muy diversas. Nos reímos mucho juntos y en su casa o en la mía planificamos una buena parte de lo que habría de ser la colección de poesía *Ocnos*.

José Agustín era persona de una generosidad indudable, utópico recalcitrante, y de comportamientos no siempre ortodoxos. No creo que hubiera nada más importante para él que su poesía, salvo su familia. Vivió siempre con un drama a cuestas, la pérdida de su madre durante un bombardeo durante la Guerra Civil. Su primer libro de poemas trataba de su ausencia, pero a lo largo de su vida siempre le pesaría la responsabilidad de haber sido el mayor de una saga de escritores famosos (un caso excepcional en la Europa de hoy). Lo intentó superar con la ironía, pero la traicionaba siempre una sentimentalidad a flor de piel. Su obra, pese a los premios y los reconocimientos públicos, a la popularidad de alguno de sus poemas musicados con indudable éxito, no ha sido valorada en lo mucho que aporta. En la antigua casa de su suegro, el escritor que firmaba como Llorenç Sant Mar, en Reus, conocí a Blas de Otero. Su cuñado, el también escritor en lengua catalana Josep M. Carandell era compañero de curso en una despoblada Facultad de Filosofía y Letras. En ocasiones, el poeta venía, durante los años de la dictadura, a leernos unos poemas. Cuando fui Director del Departamento de Filología Española, hace algunos años, organizamos con Jordi Virallonga una semana de estudio de su obra, que, a su vez, era un homenaje. Se trataba, entonces, del poeta. Hoy, se entiende, me faltan palabras por el amigo que acaba de finalizar su vida tan dramáticamente.

Jaime SILES

Entre la ficción y la verdad, Goytisolo construyó un mundo íntimo tan entrañable como irónico

Joaquín MARCO